www.sumadeletras.com

Desde que vi llegar a la pelirroja supe que no traería nada bueno. La pelirroja llegó al pueblo un día de tormenta. Llevaba semanas sin llover, pero, en el momento en que el coche de Gago pasó la curva de Bramadoiro, se desató un aquelarre de rayos y no hubo manera de que escampara. Así que la pelirroja tuvo que apearse en medio de la lluvia y aquel día no nos dimos cuenta de lo flaca que estaba, aunque ya entonces nos pareció huesuda y malhumorada y todos deseamos que se quedara poco tiempo.

Nunca debí volver. Uno vuelve porque espera encontrar algo, algo que cree que dejó olvidado y luego descubre que lo ha dejado en otra parte o que nunca supo dónde estaba. Uno no debe volver a los sitios donde fue feliz y mucho menos a los lugares donde ha sufrido tanto.

Ahora sé que las avispas han sido necesarias.

Nunca debí volver. No me ha esperado el mar. Ni las cuatro casas que quedan en pie con los tejados de pizarra invadidos por el musgo y las raíces de los robles enganchadas en los zaguanes. Mi abuela no me ha esperado ni siquiera en el cementerio. Hace tiempo que sus huesos fueron desenterrados y arrojados a la fosa común. Entonces yo era demasiado pequeña para evitarlo. Todos a los que quise han muerto hace tiempo. A este lugar no ha llegado el turismo rural ni nadie que repare los baches de la carretera. El viento sopla hasta el viejo faro que ya no alumbra. Las gallinas son las únicas que todavía deambulan por el pueblo, pero hasta ellas parecen perdidas.

Yo también estoy perdida.

—¿Te has perdido alguna vez?

Lo dijo la mujer del pañuelo negro, mientras me daba las llaves enormes de mi vieja casa, como si fueran las de un arca secreta. Y supe que conocía el viento.

Me miró de arriba abajo y tuve miedo de que se diera cuenta. Pero si se dio cuenta no dijo nada.

—De tu abuela decían que era bruja.

No le respondí.

—¿Tú también eres bruja?

—Las brujas no existen —dije mientras le miraba la nariz aguileña y los ojos verduzcos. Su diente de oro me guiñó el ojo. Pensé que, si las brujas existieran, se parecerían a ella. Pero no es cierto, porque si una mujer tuviera poderes lo primero que haría es convertirse a sí misma en la más hermosa.

Las brujas no existen. Fueron pobres mujeres alucinadas, torturadas, consumían setas para volar en sueños y a lo mejor se masturbaban con una escoba. Cometían pecados innombrables: ser demasiado pobres, demasiado feas, demasiado guapas. Todas las mujeres dicen alguna vez que son un poco brujas y todas las mujeres insultan alguna vez a otra llamándola bruja.

O sea que ser bruja es para las mujeres un deseo. Un orgullo secreto. Un insulto. Una calumnia.

Quizá por eso yo volví aquí, al pueblo de mi niñez, en busca de una bruja del pasado.

He venido a terminar mi tesis doctoral —seguí diciendo, pero la mujer de negro ya no me escuchaba.

Miraba hacia la ventana abierta como si hubiera visto algo. Lo único que yo alcancé a ver, a través de los cristales rotos, fueron las ramas del viejo roble al que me había subido tantas veces. Olían a lluvia y a madera quemada.

Dejadme que os hable de la bruja.

Dejadme que os cuente el día en que subí a la carreta de la bruja.

Entonces estaba muy lejos de saber que yo también acabaría en la hoguera. Ése fue el día en que lloré por la bruja todas las lágrimas que no lloraron sus enemigos, todas las lágrimas que no lloraron sus amigos. Ése fue el día de la bruja.

Recorrí todo el villorrio buscando una pieza de lino que acortara la agonía de la hoguera. Me costó tres ducados.

Era el día de la bruja. De la bruja que yo llegaría a ser. De la bruja que soy.

Selene nació la noche de San Juan, cuando más altas estaban las hogueras. El fuego antes del fuego.

Antes de la hoguera, las hogueras. Arden en las cuatro esquinas de la aldea para celebrar el triunfo del sol.

Su madre estaba gritando desde hacía más de tres días. Al cuarto, da un grito sobrehumano, un grito que le corta la leche a su hermana recién parida y detiene las danzas de San Juan en la plaza del pueblo. Entonces, asoma la cabeza de la niña y, en ese mismo momento, se desata una tormenta. Cayó tanta agua que se apagaron las hogueras y los relámpagos y los truenos fueron tan terribles que todo el pueblo huyó espantado, y aquélla fue la noche de San Juan más horrenda que recordamos en memoria de hombre. Su tía le contó luego que trece gatos se pusieron a maullar debajo de la ventana de la pobre casa de piedra donde nació. Al oírlos, la madre de Selene comenzó a llorar. Su llanto tapó el del recién nacido. Sus gritos asustaron a los gatos y aterrorizaron a su pequeña, que le mor-

dió el seno hasta hacerle sangre. Después de aquello no quiso ver nunca más a la niña, aunque fuera su hija. Como la leche le chorreaba por los pechos, que estaban a punto de reventar, pidió que le trajeran al bebé de su hermana y comenzó a darle de mamar. La criatura llevaba en este mundo sólo una semana y quería ya irse al otro, porque menguaba cada día como si se estuviese secando por dentro. Pero era un varón y Selene era la séptima hija de sus padres. Su madre mandó que la dejaran llorar hasta que se cansara de hacerlo. La muerte sabe acallar todos los llantos. Sin embargo, su tía Milagros, no se sabe por qué, se apiadó de ella. Como sus pechos se habían secado, le dio a beber un trapo mojado en leche de cabra. Su madre crió al hijo de su tía Milagros y su tía Milagros a ella, y el nacimiento fue sólo una equivocación del destino. Y, en verdad, Selene era igual que su tía, tan pelirroja y huesuda. Y pronto el pueblo creyó que era su única hija.

La tía Milagros no tenía marido, pero era partera, la mejor del valle, y nadie se atrevió a reprocharle nada. En cambio, su verdadera madre estaba casada con un herrero, un hombre que raramente pronunciaba más de tres palabras seguidas. Lo único que le oían mascullar era: «¿Y mi comida?».

Cuando supo que su mujer había dado a luz a una séptima niña, no se preocupó de las habladurías del pueblo sobre los gatos y la tormenta. Se fue directo a la taberna y, por primera vez en su vida, pasó la noche hablando con unos y con otros y a todos les contaba que, si volvía a nacerle una niña, la ahogaría antes de que abriese los ojos. No hizo nada de esto con Selene. Se limitó a ignorarla. Se aficionó a su sobrino y lo crió como si fuera su

propio hijo. Y las malas lenguas decían que lo era. Con el tiempo, pareció olvidar que era el padre de Selene. Ella también lo olvidó o quizá no lo supo nunca, porque, un día en que los niños del pueblo le quitaron por la fuerza el cántaro de leche que llevaba y Selene lo recuperó a pedradas, uno de ellos, el hijo del alguacil, le dijo sólo para hacerle llorar que su padre era su tío el herrero. Selene rió a grandes carcajadas y pronunció las palabras fatídicas que sus enemigos habrían de recordar ante el Tribunal:

«Antes preferiría ser hija del Diablo».